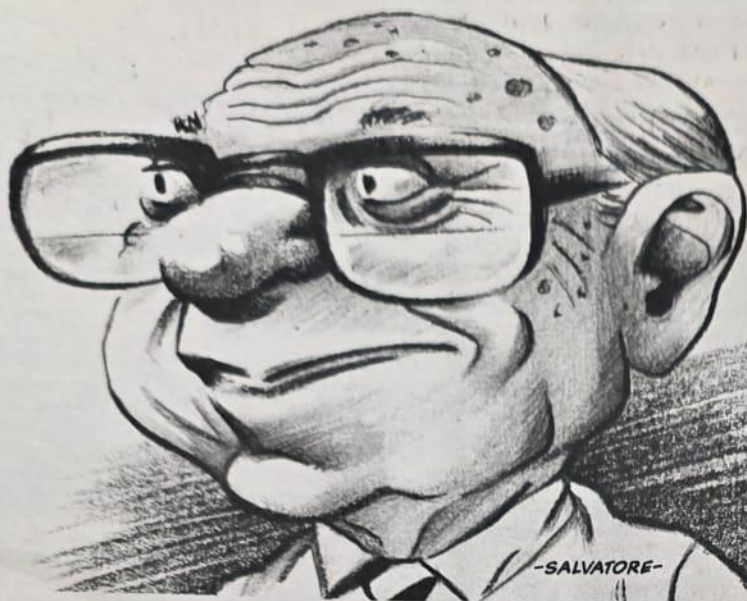


¿Cómo recordar a Friedman?

Fue el defensor de la escuela clásica, a la cual hizo insignes contribuciones



Cuando Milton Friedman llegó a su madurez profesional (digamos, 34 años, 1946) la economía era un reducto keynesiano. Ese mismo año moría Keynes. Su legado era una teoría en que las economías de mercado (el capitalismo) eran inestables y solo la intervención del Estado podía salvar al mundo de un desastre tras otro. En 1930 había publicado *Tratado sobre el Dinero*, en plena Gran Depresión (1929-33), para fundamentar su tesis intervencionista, pero ese libro resultó un fiasco, sobre todo una vez que F. A. von Hayek hubo descargado contra el su letal artillería crítica. En todo caso Keynes no se dio por vencido y su segundo intento, la *Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero* (1936), fue un éxito arrollador. De hecho, súbitamente, todo el mundo se había vuelto keynesiano. Él mismo no ocultaba su convicción al respecto. En 1944, desde Washington, adonde había volado para contribuir a la preparación de los Acuerdos de Bretton Woods, le escribía a su mujer: "Anoche tres economistas de la Secretaría del Tesoro me invitaron a cenar. El único no keynesiano era yo".

En la teoría clásica, contra la que Keynes embistió, el equilibrio dominaba. En un mercado cualquiera, el equilibrio requiere la igualdad de la oferta y la demanda. El equilibrio se puede romper, pero entonces el sistema tiene sus medios para restablecerlo. Si la excedentaria es la demanda, el precio sube; y si lo es la oferta, baja. De modo general, los desequilibrios ceden ante variables que se desplazan de manera compensatoria. Es por eso que hablamos de un orden económico, y no de un desorden. Por eso es que Adam Smith, en la primera obra de economía científica, en 1776, ya sostuvo que el Estado hacía mal en inmiscuirse en los asuntos de la economía, y que todos lo pasarían mejor si se abstuviera. Pero Keynes disintió terminantemente. El capitalismo era un sistema desequilibrado por falta de oportunidades de inversión y de contrapeso capaz de restablecer el equilibrio. No era preciso profundizar en investigaciones estadísticas. El mundo había presenciado cómo la tasa de interés caía hasta casi cero sin que la inversión se recuperase. Los EEUU habían puesto a su banco central a hacer operaciones de mercado abierto sin que el circulante dejase de caer. Los hechos rompían los ojos.

Así, efectivamente, había acontecido, y la prueba parecía irrefutable. La enorme fuerza de la tesis de Keynes reposaba esencialmente sobre esas sencillas comprobaciones, que, aparentemente, estaban a la vista de todos. Por eso Keynes había podido pontificar sin obstáculo. Incluso hasta el punto de pretender reivindicar la antigua mercantilista y defender la fijación de máximos a las tasas de interés. De hecho, podía sostener lo que le viniese en gana.

Todo ello, sin embargo, solo aparentemente, porque las supuestas "pruebas" irrefutables de Keynes hacían agua de mala manera, a condición de que alguien se arremangase y las examinase a fondo. ¿Quién tendría la perspicacia y la firmeza de propósito que hacía falta? Pues, sospecho que el lector ya comienza a intuirlo. No otro que

aquel a quien este artículo está dedicado, y casi olvidado hasta aquí: el pequeño gigante, el gran Milton Friedman.

¿Qué había acontecido? El banco central de los EEUU (el "Fed"), ante el retiro de efectivo de los bancos, compraba bonos y de esa manera volcaba efectivo en la plaza. Pero así como, ante un depósito X de billetes, el sistema amplía los medios de pago en un múltiplo de X, lo que conocemos como "el multiplicador monetario", cuando los agentes retiran dinero de los bancos, los medios de pago disminuyen asimismo según un múltiplo de los billetes retirados. La gente del Fed se olvidó de este detalle. Sus operaciones compensaban los retiros realizados por los depositantes pero no la magnitud de medios de pago disponible al sector privado. La cantidad de efectivo fuera del Fed aumentaba pero, al mismo tiempo, el stock de dinero, que comprende los depósitos bancarios, disminuía. En un libro memorable debido a Milton Friedman y Anna Schwartz (1963), se contienen gráficas que muestran cómo el efectivo y el stock de dinero, la mayor parte del tiempo, fluctúan paralelamente (ambos aumentan y disminuyen sincrónicamente), pero desde 1929 a 1932, mientras la base monetaria (M0) aumenta, el stock de medios de pago simultáneamente disminuye, advirtiéndose también la caída de la proporción de depósitos en relación al efectivo. En una palabra, fue la torpeza del Fed la que determinó la duración y profundidad desusadas de una contracción que, sin ella, habría exhibido magnitudes normales. Y no ninguna propensión irrefrenable del capitalismo hacia la crisis.

Gracias a la labor de Friedman, y pese a la elegancia de la exposición de Keynes, el sol para la teoría de éste ya se ha puesto. Hoy en día, la doctrina dominante no es la de Friedman, que no tiene una teoría particular, ni la precisa, sino la escuela clásica, que notablemente sirvió. Por eso no puedo compartir el juicio de Carlos Alberto Montaner, en *El País* del domingo pasado, según el cual Friedman sería el revolucionario de la teoría económica. El fue el defensor de la escuela clásica, a la cual hizo insignes contribuciones, pero nunca intentando trastocarla en sus fundamentos. Friedman se mantuvo en comunión con todos los grandes maestros de la escuela clásica, y por supuesto que con el decano de todos ellos, Adam Smith. En *Libre para Elegir*, tal vez su libro más leído, Friedman le dedica veinte menciones, muchas más de las que motivaron cada uno de los demás citados. No revolucionario, pues, sino fiel e iluminado defensor, sin perjuicio, por supuesto, de haberla enriquecido generosamente. "Contrarrevolucionario", en todo caso, cabría tal vez admitirse.

De aquí a una semana volveré sobre la figura de Friedman, a la cual el espacio no me ha permitido hacerle justicia. Agregando, más allá de ulteriores aspectos económicos, algunos relativos a su personalidad global, y a la figura de Rose, su mujer, que sería hartamente injusto mantener en la sombra.

COLUMNA

Por
Gabriel Pereyra

QUE NO SON COMO NOSOTROS TÁ CLARO, BO

La semana pasada escribí una breve columna en la página de Observa en Internet, titulada "Amo a los argentinos", que mereció el comentario de unos 100 internautas, algunos de los cuales me dieron pena oriental. Varios de estos lectores, sensibilizados por el asunto de las plantitas de celulosa y las acciones de Néstor Kirchner y sus secuaces, planteaban que no se puede amar a los argentinos. Y por amarlos me tildaron de traidor. Otros, en cambio, me dijeron xenófobo, porque les endilgaba a los argentinos algunos de sus defectos más notorios (traidor o xenófobo?). Demasiado irónica la columna, dijeron unos, en evidente señal de que no entendieron (asumo la responsabilidad por, en ocasiones, promover la ambigüedad). No había ironía, es en serio, amo a los argentinos. Ellos son lo que son. Son una vidriera permanente, no ocultan nada, no se guardan. Así son cuando juegan al fútbol, cuando se hacen notar en cualquier aeropuerto, cuando se divorcian ante cámaras. Y doy gracias por ser diferente. Ellos no están, como nosotros, entre los más instruidos del continente; no figuran, como nosotros, en la lista de los serios; no son tolerantes, ni humildes, como nosotros, que como yorugua, bo. Nosotros somos más oscuros. Nuestros pecados tienen una pátina de intimidad. Ruido a persiana que se cierra. Somos los duques de la hipocresía. En eso los matamos y les agitamos la camiseta en la cara. Y en el fondo de la uruguayez llevamos oculto un trauma de hermano menor, de muchacho de pueblo ante la gran ciudad. Vivimos mirándonos. A veces con envidia; a veces con pavor. A veces, admitámoslo, con cariño. Lo leí de boca de un periodista estadounidense: hay cuatro clases de países: los ricos, los pobres, Japón (que pudiendo ser pobre es muy rico), y Argentina (que pudiendo ser rica es muy pobre). Los argentinos también provocan compasión. Quizás no sean los vecinos ideales, pero salvo que pongamos el motor fuera de borda y partamos con nuestra sempiterna semiplanicie hacia otros mares, habrá que sufrir y disfrutar con ellos. Por eso —a pesar de lo que nos diferencia, y a veces gracias a ello— los amo cuando me hacen disfrutar, y también cuando me hacen sufrir. (gpereyra@observador.com.uy)